
Francisco Martínez de Mata (siglo XVII): Agitador social y economista de la decadencia

Miguel González Moreno

Resumen: En el presente trabajo se ofrece una semblanza de Francisco Martínez de Mata, señalando los principales aspectos de su vida y de su obra en la España del siglo XVII.

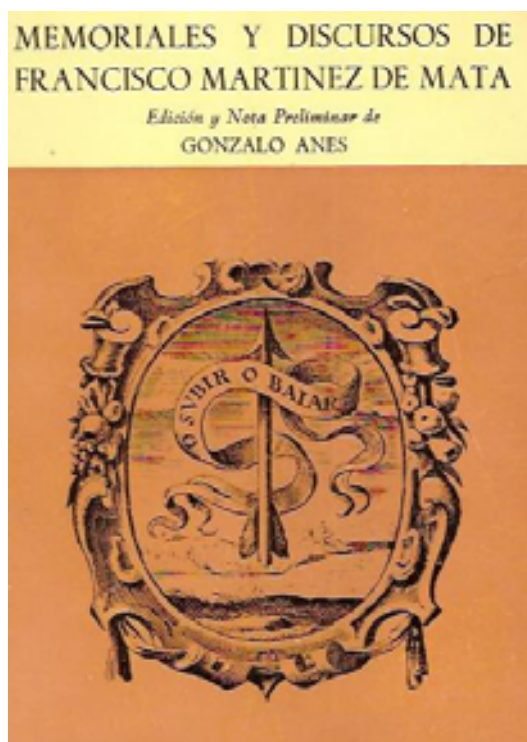
Palabras clave: Francisco Martínez de Mata; Discursos y Memoriales; mercantilismo.

Códigos JEL: B0.

Uno de los más agudos analistas de la crisis del XVII es un peculiar personaje que, si espigamos en sus escritos, era natural de Motril, además de «Hermano de la Tercera Orden de Penitencia» (franciscano seglar), «Siervo de los pobres afligidos» y «Procurador de galeotes»: Francisco Martínez de Mata.

Este aire de excentricidad siempre le persiguió en vida y ha quedado, con razón o sin ella, como uno de sus rasgos más característicos. Un contemporáneo suyo, y no precisamente amigo, Don Martín de Ulloa, Veinticuatro de la ciudad de Sevilla, lo definió como «vagabundo ignorante». Y ya en nuestros tiempos, prestigiosos historiadores de aquella época y conocedores de su obra han resaltado su especial forma de ser. En opinión de Antonio Domínguez Ortiz, «... le acusan de ser hombre revolvedor, una especie de tribuno popular, lo que hoy llamaríamos un demagogo;... no sabemos en definitiva si era un vulgar agitador o un patriota amante de los humildes». Jean Vilar es tajante en su apreciación: «Martínez de Mata, el iluminado y levantisco arbitrista». Y para el más reciente editor de sus obras, Gonzalo Anes: «Mata podría ser calificado como un rebelde primitivo urbano».

Sería un error creer que hay dos Martínez de Mata: el personaje público y el economista. No cabe disociarlos, puesto que su relación con la orden franciscana, contrariamente a lo que ocurría con la dominica, despierta en él una profunda preocupación por las injusticias sociales, y es su curiosidad intelectual, en contacto con la declinante Sevilla del XVII, la que le lleva a indagar en los mecanismos económicos causantes de las



numerosas y lacerantes desigualdades que aprecia en su entorno. Detrás de su interés por las cuestiones económicas se esconde una acusada sensibilidad social, lo que le lleva a dedicar su vida a la atención de los más necesitados y su mente a la comprensión y explicación de la crisis económica generalizada que le rodeaba. En este sentido, en un texto de 1648 («Sobre los forzados que cumplen sus condenas en galeras») deja constancia de su vocación por los más desfavorecidos y su deseo de averiguar las causas y encontrar las soluciones a los males económicos y sociales de su época: «Francisco Martínez de Mata, siervo de los pobres

afligidos. Digo, que en orden a cumplir con esta vocación por agradar a Dios, he buscado los prójimos más pobres y afligidos, por darles el consuelo y remedio que me fuere posible, gastando en esto la vida y talentos que Dios me diere».

Aunque es un lugar común afirmar que vida y obra son inseparables, en el caso de Martínez de Mata poco o nada conocemos de su biografía, y sólo nos ha quedado su obra. A pesar de que sobre su persona se han emitido juicios tan llamativos como los anteriormente expuestos, el terciario franciscano es un completo desconocido, pues como en su momento señaló Canga Argüelles: «... de la vida de este famoso escritor, ... apenas se sabe más que el que ha existido». Para empezar, no se sabe ni el año de su nacimiento ni el de su fallecimiento. Incluso algunas indagaciones que han pretendido hallar o verificar algún dato biográfico han sido infructuosas.

Lo poco que se conoce de su vida se desprende de dos fuentes, parcial la una y sesgada la otra: los propios escritos del economista motrileño («Discursos y Memoriales») y el documento en el que Martín de Ulloa denuncia la peligrosidad social de nuestro personaje, y a raíz del cual fue procesado en Sevilla alrededor de 1660.

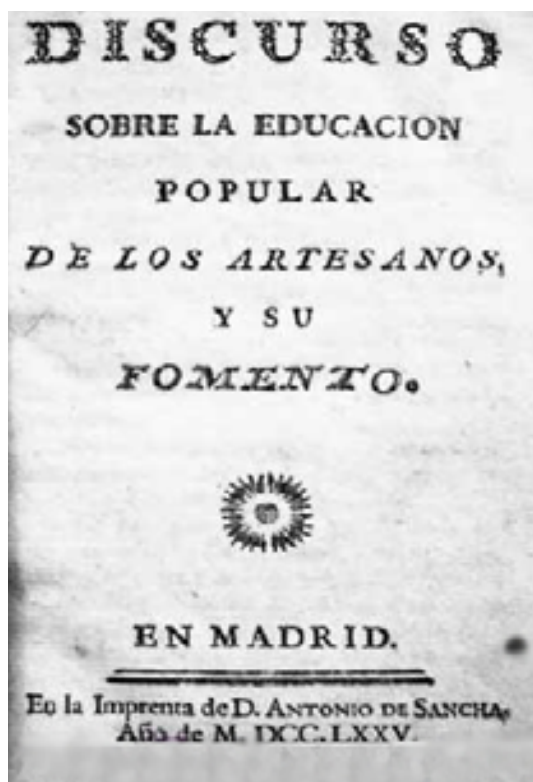
A pesar de que la biografía de Martínez de Mata está plagada de lugares vacíos, la verdad es que de la lectura atenta de sus escritos se desprende el retrato, aunque difuminado por la falta de concreción y la pobreza de información, de un hombre nacido en el sur de la España conflictiva del siglo XVII, y que a raíz de su encuentro con la miseria económica, la degradación social y el sufrimiento humano emprende un triple camino: la apuesta por la atención a los más necesitados, consecuencia de su cercanía con la orden franciscana; la divulgación de sus ideas que, tanto en la forma como en el fondo, constituía una carga de profundidad a la sociedad estamental de su época, de ahí su imagen de provocador y agitador; y la dedicación al estudio de las raíces económicas de tanta injusticia y pobreza como observaba a su alrededor, aquí nos encontramos con su faceta, no de arbitrista atolondrado y quimérico, como es creencia extendida cuando se menciona a cualquier escritor económico o político del XVII, sino de economista que posee un pensamiento articulado y sólido, como queda reflejado en el párrafo inicial de su «Memorial» de 1650: «Vuestra majestad en sus Reales Consejos ha tratado muchas veces de remediar el daño de la despoblación y pobreza de estos reinos, la cual se va sintiendo cada día más. Y

aunque se han intentado algunos medios, no se ha visto fruto, ni se verá mientras no se supiere con fundamento de dónde procede el daño general y particular, para aplicarle el remedio».

Con el transcurrir del tiempo no ha prevalecido el autorretrato que se desprende de los escritos de Martínez de Mata, sino que la imagen que de él ha trascendido es la proyectada por el texto de la denuncia que, más contra su persona que contra su obra, presentó en 1660 Don Martín de Ulloa, regidor de la ciudad de Sevilla. Por supuesto, y como era de esperar, la figura del economista motrileño no sale muy favorecida de la diatriba que dirige contra él el regidor sevillano. La animadversión está presente, tanto en la forma como en el fondo de la denuncia, siendo numerosas y reiterativas las descalificaciones de todo tipo dirigidas contra Martínez de Mata. Esta imagen distorsionada e interesada caía en un terreno previamente abonado, tanto desde el punto de vista cultural como social, contra todo aquel o aquello que tuviese cierto aire arbitrista. De una parte, la persecución de la que fue objeto por Ulloa y, de otra, la atmósfera alérgica a la figura del arbitrista imperante en el siglo XVII y en la historiografía española posterior, han contribuido a que aún hoy todavía se resalte en Martínez de Mata su excentricidad, quedando en penumbra su pensamiento económico.

En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, como una adenda de un ejemplar de los «Memoriales», se conserva un manuscrito datado en 1660 y titulado: «Don Martín de Ulloa, Veinticuatro de la ciudad de Sevilla, advierte los peligros que originaba Francisco Martínez de Mata con sus Memoriales y Predicaciones». En él se hace una severa crítica del «remedio universal» que Martínez de Mata propone para superar la decadencia en que está sumida la monarquía hispana, y a continuación Ulloa hilvana una verdadera soflama contra la persona del motrileño y lanza una apocalíptica advertencia sobre las consecuencias negativas que pueden acarrear sus artes propagandísticas. Es por ello que el alto cargo sevillano propone que a Martínez de Mata le sean impuestas duras sanciones y prohibiciones.

Probablemente, como en tantos otros temas ocurre, además de la versión de Martínez de Mata y de la de Martín de Ulloa, habrá una tercera: la verdad. Por ahora, la desconocemos; pues sólo contamos con datos biográficos fragmentarios y testimonios interesados, que nos hacen dudar de su veracidad, especialmente en lo referente a la versión de Martín de Ulloa. Este desconocimien-



to tiene una importante consecuencia; en el caso de Martínez de Mata, los hilos que enlazan vida y obra son desconocidos. Su obra, por tanto, no hay más remedio que enmarcarla atendiendo a dos coordenadas, una el momento económico que le tocó vivir y experimentar, estando sus escritos plagados de lecciones extraídas de los hechos; y otra, sus referentes ideológicos, el mercantilismo.

Martínez de Mata fue testigo de la denominada decadencia española. Los ojos del motrileño presenciaron el agrietamiento de los pilares sobre los que se había erigido y sustentado la preponderancia económica de Sevilla y, atendiendo a su penetración, de España.

La obra de Martínez de Mata nació de la implicación con su época y, se mire como se mire, al menos en el terreno económico, fue un tiempo de profunda crisis. Fue testigo de aquella España que, ensimismada en sus sueños imperiales, tenía los pilares económicos de barro. Desvertebrada territorial y políticamente, su destino estuvo marcado por la política dinástica de los Austria, quedando supeditada la economía a las insaciables necesidades financieras de las sucesivas campañas militares. En esta estrategia, la plata americana creó una atmósfera de falsa riqueza, perdiéndose, tal vez, la oportunidad histórica de haber ingresado desde el primer momento en la lista de países europeos que se preparaban para una futura industrialización.

Por el contrario, arrastrando deficiencias seculares y haciendo caso omiso de los más que palpables signos depresivos, la desacertada política financiera, prisionera de una política exterior dinástica, desencadenó una serie de mecanismos que, según unos, desviaron a la monarquía del esplendor pretérito para conducirla a una decadencia que duraría siglos; para otros, nos alejó irremediamente de la órbita de los países europeos más avanzados, convirtiéndonos durante centurias en un país atrasado; y si atendemos a otras opiniones, no se supo aprovechar la hegemonía política y las riquezas indianas para, desde una óptica nacional y no imperial, abandonar las estructuras y la mentalidad tardomedievales y precapitalistas, para aventurarnos por la senda del naciente y floreciente capitalismo comercial y financiero.

Se haga la interpretación que sea de los hechos, lo cierto es que persiguiendo un sueño imperial se exprimió hasta dejarla en la miseria y arrojarla a la emigración a una población vapuleada desde múltiples frentes (epidemias, despoblación, presión fiscal, hambrunas, etc.), y sobre todo a los habitantes de Castilla; se dio la espalda a las actividades productivas y los valores imperantes eran los de la nobleza y el clero; se tomaron medidas de política económica descabelladas: subir la presión fiscal hasta límites insoportables, haciendo recaer el esfuerzo tributario en los más desfavorecidos y afectados por la crisis económica, o promulgar leyes suntuarias, sin darse cuenta de la incidencia de tal medida en la demanda y en la industria nacional; y, como con fundada razón se ha afirmado, no hubo la más mínima intención de utilizar la política arancelaria como apoyo al crecimiento económico y sí con una finalidad recaudatoria; y como remate, no se tuvo el más mínimo reparo en poner en venta el país: tierras, cargos, oficios ..., siendo moneda común, además de la depreciada de vellón, la corrupción y el contrabando.

La obra y el pensamiento de Martínez de Mata se encuadran en una corriente de pensamiento de contornos temporales, temáticos y personales muy imprecisos: el mercantilismo. La obra de Martínez de Mata, contrariamente a lo que ocurre en el caso de otros significativos mercantilistas, no se plasma en un tratado o en un manual que tuviese más o menos difusión y que hubiese sido reeditado, tanto en vida como tras la muerte de su autor. Los escritos del motrileño constituyen una obra fragmentaria, incluso de un mismo texto se disponen de varias versiones distintas, y dispersa en cuanto a contenido y fechas de publicación;

aunque los indicios apuntan a que vieron la luz entre 1648 y 1660.

Consideraciones formales aparte, a pesar del tiempo transcurrido, los escritos de Martínez de Mata merecen ser rescatados del olvido y, sobre todo, ser leídos con detenimiento. Decimos con detenimiento porque si echamos una ojeada apresurada y superficial incurriremos en los manidos tópicos sobre el arbitrista y la decadencia; y cometeríamos el pecado del que nos advierte Jonh Huxtable Elliott: «Las desafortunadas connotaciones de la palabra “arbitrista”, juntamente con cambios de moda en el campo de la teoría económica, han tendido demasiado a menudo a imposibilitar el examen desapasionado de una literatura de debate económico y social que contiene una serie de trabajos de alta calidad e interés». Por el contrario, si emprendemos una lectura sosegada, llegaremos a la misma y acertada conclusión que el Conde de Campomanes en 1775: «El autor poseía un buen estilo, aunque a las veces le descuidaba por la vehemencia de su envidiable celo; conocía las letras humanas, las leyes civiles y los intereses esenciales de la nación. Había meditado su situación política y los acaecimientos del tiempo, confrontándolos entre sí y con la conveniencia del Estado. Era a la verdad un hombre de tanto entendimiento y de una rectitud bien complexionada, que colocado dignamente habría sido capaz de reparar la industria, el comercio y la Real Hacienda (...) si se compara esta obra con las que otras naciones han publicado sobre los mismos objetos en el siglo pasado, tal vez la del autor español, o no cede a alguna de ellas, o acaso las aventaja».

Es decir, no estamos frente al análisis fantástico y las propuestas descabelladas de un arbitrista clásico, o ante los argumentos conocidos y recomendaciones esperables de un mercantilista típico. Nos encontramos con un economista que marca las distancias con respecto al arbitrista («Pues todos aquellos que con sana intención, movidos del bien público, han gastado el tiempo y sus ingenios, arbitrando y buscando remedio a este daño... discurren a ciegas») y que, tanto por su interpretación de la realidad económica como por las sugerencias de política económica que plantea, sobresale como una de las mentes más preclaras y originales del mercantilismo español.

Analizados en conjunto, y con el tipo de lectura sugerida, los escritos del economista motrileño se asemejan a un palimpsesto: debajo de las líneas de sus «Memoriales» y «Discursos» encontramos dos hallazgos: una visión testimonial sin igual de la

realidad económica española y sevillana del XVII; y un sistema de pensamiento que, inspirado en la corriente mercantilista, cristaliza en un modelo interpretativo coherente.

La escena económica del XVII es el contrapunto del siglo anterior, pero por encima de todo es una de las principales fuentes de las que se alimenta el pensamiento de Martínez de Mata. La materia prima de su análisis es el crepúsculo económico de la monarquía hispánica, observado desde el privilegiado observatorio de la ciudad de Sevilla. Su obra, por tanto, se levanta sobre la realidad económica sevillana y española del Seiscientos. Se trata, en definitiva, de un intento por comprender, explicar y buscar remedios al desfallecimiento de una economía que de forma paulatina, pero incesante, había perdido el lustre del pasado. El conocimiento tanto del pasado (XVI) como del presente (XVII) que Martínez de Mata poseía, le permite adoptar un enfoque dinámico de la realidad: la semilla del decaimiento económico se sembró con el cambio dinástico de los Trastámara (Reyes Católicos) a los Habsburgo (Carlos V), éste abrió las puertas a la presencia y a la competencia extranjeras; esa semilla fue arraigando y creciendo a lo largo del siglo XVI (Carlos V y Felipe II); y fructificó en la crisis general del XVII (Felipe III, Felipe IV y Carlos II).

Éste y no otro es el trasfondo del análisis de Martínez de Mata. Sus principales líneas de pensamiento tienen por origen la supuesta decadencia sevillana y española; es más, determinadas singularidades de su ideario, que le diferencian y le distancian de las posiciones de algunos de sus coetáneos, obedecían a cómo interpretó los hechos económicos que había visto de cerca y que conocía bien. De lo contrario, cómo argumentar que lo que para la mayoría es la raíz del problema (situación deficitaria de la hacienda pública, desprecio hacia las actividades productivas, manipulaciones monetarias, etc.) para Martínez de Mata son síntomas; o bien cómo entender su oposición a medidas como por ejemplo la adopción de leyes suntuarias. Así pues, como no puede ser de otra forma, las coordenadas básicas del pensamiento de Mata se encuadran en el escenario económico que le rodeaba.

Ahora bien, el papel protagonista que a Martínez de Mata se le asigna, junto a Sancho de Moncada, en el primer mercantilismo español no sólo, aunque también, obedece a sus dotes como observador perspicaz del entorno económico del XVII; sino más bien a su capacidad analítica, es decir, partiendo de un método, construyó un esquema

interpretativo del declive económico que padecía España, identificando su causa principal, señalando los efectos más importantes y proponiendo las que a su juicio eran las medidas más adecuadas para superar la delicada situación.

En primer lugar, atesora un profundo conocimiento del pasado histórico español; lo cual le permite, por un lado, conocer la interrelación existente entre los acontecimientos políticos, sociales y económicos; y por otro lado, detectar las raíces del ocaso económico español. En segundo lugar, respalda sus argumentos documentalmente: bien apoyándose en el juicio de autoridad de autores como Tomás de Mercado, Sancho de Moncada, Juan Botero, Damián de Olivares, etc.; o esgrimiendo el contenido de informes oficiales, tanto del pasado como del presente. En cualquier caso, demuestra tener un gran dominio de la literatura económica y política del XVI y de la primera mitad del XVII, lo que desmiente una vez más la falsedad de los descalificativos que difundió Martín de Ulloa sobre su capacidad intelectual. Y en tercero, siguiendo la estela de Moncada, utiliza como base de sus reflexiones cuantas fuentes estadísticas existían en su época, no sólo como punto de apoyo de sus ideas sino que va más allá y trata de cuantificar los posibles efectos reales de alguna de las medidas diseñadas por él. Es por ello que en el título de la mayoría de sus «Discursos» aparece la siguiente expresión: «en que se prueba».

Ese conocimiento del pasado, de las obras de otros autores y de las fuentes estadísticas le permite, si se quiere de forma embrionaria, exponer argumentos económicos con un ropaje científico. Martínez de Mata, pues, constituiría un antecedente de lo que Schumpeter denominaba «economista científico». Pero, como otros mercantilistas, su conocimiento no busca el lucimiento académico, sino que pretende cambiar la realidad económica y, en su condición de franciscano terciario, también la social.

Intuimos que ese inconformismo o rebeldía, que algunos le han atribuido, se reflejó también en su modo de pensar, puesto que su método es esencialmente crítico. Este criticismo le mueve a poner en tela de juicio las tesis de otros autores, derivándose de aquí su fijación intelectual por encontrar la causa principal del crepúsculo económico y por señalar con claridad el error cometido por otros autores al convertir en factores explicativos lo que a su juicio no son más que consecuencias.

Así pues, Francisco Martínez de Mata, incardinado en la corriente mercantilista y ajustándose a un sistema de pensamiento con pretensiones científicas, esboza un modelo interpretativo de la realidad económica que le tocó vivir: la España del siglo XVII. El modelo se articula en tres niveles, siguiendo una secuencia lógica: fundamentos y funcionamiento del sistema económico; diagnóstico del colapso del sistema; y propuesta de medidas correctoras; apuntándose conceptos analíticos muy interesantes: la teoría de la velocidad de circulación del dinero y el efecto multiplicador del gasto.

En definitiva, estamos ante un personaje singular. Pues esta figura, que ha sido catalogada en tiempos pasados o cercanos como «vagabundo ignorante», «demagogo», «vulgar agitador», «iluminado y levantisco», o «rebelde primitivo», es considerado, por llamativo que pueda resultar, como uno de los mejores y más sólidos economistas del siglo XVII. Cedamos, para finalizar, la palabra a algunos renombrados especialistas:

«... el economista español más interesante de su tiempo [...] que fue capaz de anticipar muchas de las ideas básicas de la economía moderna» (Manuel Martín).

«Martínez de Mata... su Discurso de 1656 es uno de los monumentos del pensamiento económico español primitivo» (Jean Vilar).